

EL TÍO MARTÍN

Enrique Gálvez Holguín

Aún conservo en el fondo de mi alma, grabado con caracteres indelebles, el recuerdo gratísimo de aquellas para mí tan felices y tranquilas veladas en las que mi buena y santa madre, rodeada de todos sus hijos y al amor de dulce y consolador fuego, recitábanos sentidas y conmovedoras historietas a las que ella, con verdadero juicio y sentido práctico, aplicaba oportunas moralejas de las que se desprendían útiles y provechosas enseñanzas.

Entre las varias con que entretenía nuestra infantil curiosidad, recuerdo una, tan verdadera como interesante, que juzgo digna de ser referida.

*

A fines del pasado siglo y en una de las más apartadas y retiradas calles de la villa de Don Benito, importante y rica población de Extremadura, vivía un honrado y laborioso trabajador llamado Vicente Martínez, el que, en unión de su esposa, su achacoso y anciano padre, el tío Martín y siete hijos, ocupaba una modesta y humilde vivienda.

Aunque el salario que ganaba Vicente era algo exiguo para atender a las más apremiantes necesidades de aquella numerosa familia, los esfuerzos incansables de aquél y la prodigiosa economía de su esposa, hicieron que, en aquella casa, verdadero santuario de virtudes domésticas, no faltase nunca lo más preciso para subvenir a las necesidades de la vida. La Providencia, esa madre común de los mortales, velaba solícita por la suerte de aquella virtuosa y ejemplar familia a la que, si faltaban comodidades, sobraba, en cambio, salud y alegría.

Pero, ¡ah!, bien pronto estas únicas e inestimables riquezas que poseían, perdieron por completo. Tres de los hijos sucumbieron, en el breve espacio de ocho años, víctimas de aguda y perniciosa fiebre, y la infeliz madre, agotadas las fuerzas y presa de horribles amarguras, cayó en el lecho, tal vez para no levantarse de él jamás.

En tan suprema y angustiosa situación, la necesidad obligaba de imperiosa manera a adoptar una determinación triste y lamentable, pero precisa al fin, con el desdichado y paralítico anciano; acordóse llevar al hospital al tío Martín, único medio de que el pobre anciano estuviese cuidado convenientemente en sus achaques y dolencias. Esta separación era dolorosa, pero inevitable.

Nada más conmovedor que describir la escena que entonces ocurrió en el seno de aquella honrada y generosa familia. El tío Martín, entristecido y lloroso, limpiándose con el dorso de su callosa y arrugada mano gruesas lágrimas que corrían de sus mejillas, se despedía para siempre de aquella casa, mansión para él en otros tiempos de puras felicidades y honestas venturas. ¡Qué recuerdos tan tristes apenaban el corazón del desventurado viejo! Por su mente cruzaban, como en cristal de mágica y fantasmagórica linterna, los días felices deslizados entre aquellas paredes, testigos de su existencia honrada y pacífica.

¡Con qué religiosa devoción besaba y rebesaba la estampa bendita de la Patrona del pueblo, Nuestra Señora de las Cruces, colocada a la cabecera de su lecho! Y entre sollozos entrecortados y lágrimas mal contenidas despedíase de sus nietezuelos a los cuales encargaba fuesen siempre buenos cristianos y amasen a sus padres.

Mientras tanto, su hijo, transido el corazón de amarga pena, preparaba el pobre y humilde hatillo que había de llevar al hospital el anciano.

En atención al estado de éste y a la larga distancia que mediaba desde la casa al benéfico Asilo, Vicente resolvió conducir a cuestas a su padre.

El camino era largo y la carga excesivamente pesada; por esta razón, Vicente resolvió hacer un pequeño descanso y cobrar fuerzas para poder llegar al término de su viaje. Invitó a su padre a descansar y con sumo cuidado le sentó en una gruesa piedra que próxima a una casa se hallaba.

Nublóse la frente del octogenario y paralítico anciano, nuevas lágrimas se desprendieron de sus ojos, no consiguiendo los consuelos y reflexiones de su hijo mitigar la honda pena que demostraba el tío Martín.

-¿Por qué lloráis con tanta desesperación padre mío?, le dijo Vicente.

-Hijo mío -contestóle el anciano-, iprovidencial y rara coincidencia! En esta misma piedra descansé hace ya muchos años cuando conducía a mi padre al hospitalario albergue donde tú hoy me llevas. Quiera Dios, prosiguió el pobre vejo, seas tú más afortunado que lo fueron tu abuelo y tu padre, que tuvieron la desgracia de morir en un asilo de la caridad.

El llanto ahogó la voz en la garganta del honrado y humanitario Vicente, el cual entre frases entrecortadas y tiernas caricias al autor de sus días, sólo pudo exclamar:

-Padre mío, no quiero que mis hijos hagan conmigo lo que yo iba a hacer con Vd.; volvamos a casa y Dios y la Santísima Virgen de las Cruces velarán por todos.

*

Dios veló por todos, hijos míos, repuso nuestra cariñosa y buena madre; pues la fortuna volvió a dispensar sus favores a aquella familia tan digna de ventura. La laudable y meritoria acción de Vicente tuvo su recompensa en esta vida, aparte de la que en la otra pudiera obtener de la Justicia Divina.

(*Lau-buru*, diario de Pamplona. Año V, número 1379, 5 de septiembre de 1886, páginas 2-3.)

*

Enrique Gálvez Holguín (Don Benito, 1854-Madrid, 1930) fue un periodista y escritor. Formó parte de la redacción del semanario católico *Apologista* y del periódico *La Unión*, del que en 1886 asumió la dirección. Fue miembro de la Junta de Gobierno de la Sociedad Científico-Literaria "La Fraternidad Escolar" de Madrid.

Laboralmente ejerció desde 1894 como Oficial de la Secretaría del Senado, donde fue ascendiendo de rango hasta llegar a ser Oficial 1º en 1925.